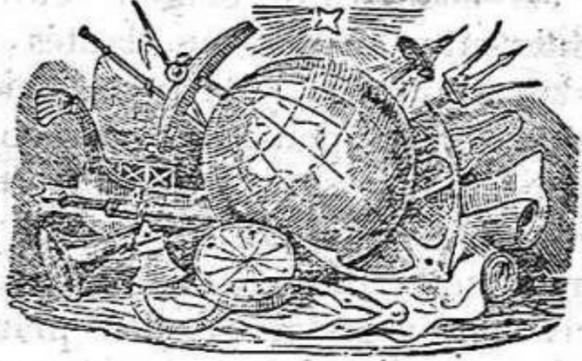


**ALMA CREA**  
  
**DE FRUTOS LITERARIOS.**

**Semanario de Palma.**

DOMINGO 31 DE OCTUBRE DE 1841.

**ESTUDIOS HISTORICOS**

**SOBRE DON FRAY BARTOLOME CARRANZA DE MIRANDA,**

**ARZOBISPO DE TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.**

**ARTICULO 5°**

**V**erificóse la salida del nuevo prelado en esos momentos de quietud que suelen preceder y anunciar los grandes movimientos sociales. Pacificada la Inglaterra y formando parte de la comunión católica bajo el amparo de Felipe II, sumisos los Países-bajos á su nuevo rey, y ocupada la Alemania con los negocios de Roma, reinaba en la Europa entera una tranquilidad que tomaban por cansancio los que profundizaban poco en los acontecimientos pasados; pero que ocultaba en su aparente bonanza los gérmenes de nuevas y mas fecundas alteraciones.

La doctrina protestante iba ya llegando á su apogéo: su victoria en la parte septentrional de Europa habia sido rápida y completa: Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Livonia, Prusia, Sajonia, Hesse, el Wurtemberg, el Palatinado, muchos cantones de la Suiza y el norte de Holanda habian adoptado fácilmente la reforma: pero al llegar á los Alpes por un lado, y por otro á los Pirineos, estrellóse la comunión luterana, dejando sin embargo funestas

semillas que habian de alarmar y conmover al catolicismo. Allí detuvo su marcha de invasion, porque allí halló una barrera fuertísima; la reaccion que se trabajaba en el mediodía contra el norte; y entónces comenzó á retroceder porque ya no pudo conquistar.

La dominacion de los Papas era una dominacion de extranjeros, de italianos corrompidos para las naciones de origen teutónico: diferentes en sus costumbres, como eran diferentes en sus semblantes, no habia un punto de simpatía entre dos países tan opuestos; y la jurisdiccion espiritual de Roma, la supremacía que se arrogaban los pontífices eran consideradas en Alemania como el sello de una dependencia servil, de una degradante servidumbre. Ni podian acostumbrarse aquellos pueblos á pagar las contribuciones eclesiásticas que miraban como ruinosos tributos, ni sabian respetar en su gravedad y devocion el carácter frívolo y mundano de los príncipes de la iglesia. Así, cuando empezó Lutero sus predicaciones, halló amontonados los elementos de revolucion que se inflamaron á su palabra: soberanos impacientes de apropiarse las prerogativas pontificias, señores que anhelaban repartirse el botin de las ricas abadías, patriotas á quienes indignaba el yugo del extranjero, hombres virtuosos escandalizados por los desórdenes, que oian exagerados, de Roma, hombres corrompidos que buscaban la fortuna en los trastornos inseparables de una gran revolucion, almas débiles á quienes seducia el brillo de la novedad, todas las clases se unian á los nuevos apóstoles para defender intereses en que hallaban todas un punto de contacto. El luteranismo se desarrolló con facilidad suma en el norte de Europa.

¿Concurrían las mismas causas en el mediodía? Léjos de eso concurrían causas completamente contrarias. Si los sentimientos de nacionalidad impulsaban á las razas teutónicas á buscar un medio de sacudir la supremacía de Italia, los sentimientos de nacionalidad prohibian á los italianos favorecer una mudanza religiosa que quitaba á su país las ventajas y el honor de ser cabeza de la iglesia universal. Ellos consumian las rentas que pagaban á la Santa Sede las naciones católicas, y ellos amaban una religion que, considerada por los unos como falsa, para nada les estorbaba; mirada por los otros como verdadera, querian cuando mas una reforma en la disciplina, no en el dogma. — En España habia elementos mas contrarios aun: los estados que poseian los reyes en Italia y su influencia constante en el gobierno papal, los asociaban hasta cierto punto á los pontífices romanos con el lazo indestructible del interes. Para la nobleza y para el pueblo el catolicismo era todo: libertad, victorias, gloria, riqueza, conquistas, predominio en Europa, todo se lo debian. Despues de la invasion de los sarracenos, el estandarte católico reunió al rededor de una sola bandera á los descendientes de los godos: único y grande elemento que se levantaba entre las ruinas de una nacion, supo inspirar ardor á los que desesperadamente y contra superiores fuerzas combatian. Esos santos, que derrocaba Lutero, habian guiado los ejércitos cristianos contra los adoradores de Mahoma: el caballo blanco de apóstol Santiago, visible por la fé para los guerreros de la cruz, habia sido la señal de su victoria. Bajo la autoridad de una bula pontificia partieron los atrevidos exploradores á atravesar el Atlántico en busca de tierras desconocidas y lejanas: sus carabelas caminaron entre tempestades bajo la advocacion de los santos y santas del paraíso. El mismo año que vió á los sajones sacudir el yugo de Roma, vió á los valientes soldados de Cortés conquistar, autorizados por Roma, el imperio y las riquezas de Motezuma. Los descubridores, al pisar remotas playas, plan-

taban en señal de dominio la cruz católica, la misma cruz que apareció en las altas torres de la Alhambra, anunciando al mundo la emancipación española y el fin del imperio sarraceno. Instituciones, dependencia, gloria, el nudo católico unía con fuertes lazos tamaños objetos de veneración. El protestantismo no podía vencer en España, ó al ménos había de ser lenta y disputada su victoria.

Así, al acercarse la herejía á los Alpes y al tocar los Pirineos, se hallaron frente á frente las doctrinas rivales, y el catolicismo despertó de la seguridad en que yacía. Al pronunciarse la reacción con enérgica fuerza, detiéndose asustada la reforma y se renueva el espíritu de la iglesia romana. El movimiento empieza por la cabeza y se comunica en un momento hasta las últimas estremidades. Todas las instituciones religiosas sufren una inspección severa, y las antiguas armas de la fé se renuevan y componen. La Inquisición de España desarrolla una fuerza colosal que el gobierno del príncipe D. Felipe y su advenimiento al trono robustecen cada día. La corte de Roma se purifica y dá la señal. Muere Leon X, y los cardenales que habían ayudado á su esplendidez y lujo desaparecen ó se reforman. Ya no son los hombres que, únicamente ocupados con deleites sensuales, miraban los misterios de la religión como las tradiciones del paganismo: ya no inunda una turba licenciosa las cámaras de púrpura, escandalizando á la cristiandad: las voluptuosas Venus de los cuadros ceden su lugar á los semblantes sombríos de los mártires: Ovidio y Horacio se eclipsan ante san Pablo y san Agustín. El dogma católico restablecido en toda su austeridad arregla las costumbres: desde el Vaticano hasta la ermita abandonada de los Apeninos ó de las sierras españolas penetra el espíritu de vida que anima á la iglesia y escita á sus falanges. En todas partes aceptan otros reglamentos las antiguas comunidades religiosas, al paso que nuevos apóstoles levantan nuevos institutos: los poderosos capuchinos, recibido el impulso romano, vuelven á la estricta disciplina de san Francisco, su fundador. Legiones de religiosos se derraman por el mundo llenos de vigor y de zelo, ansiosos de sufrir por la gran causa; y la lucha contra el protestantismo se generaliza en los últimos confines de Europa.

Todos los grandes movimientos intelectuales hallan instrumentos poderosos que contienen las tendencias y el espíritu de la época y que acaban por triunfar en la sociedad: la reforma católica floreció entre los Jesuitas. Su jefe era un hombre extraordinario, un poeta lleno de imaginación y de fé. Los primeros años de su juventud habían sido pasto de sus pasiones. Exaltado con la lectura de los libros de caballería, lisonjeábase de repetir las hazañas de Amadis de Gaula en las llanuras de Siria y en los confines de Marruecos: había jurado eterno odio á los hijos de Mahoma, y pensaba humillar el estandarte de la media luna; pero una herida grave, después de larga enfermedad, estropeó para siempre su constitución, disipó sus visiones de gloria militar. Entónces buscó otro objeto su fantasía: no pudiendo obtener los triunfos del cuerpo, buscaba los triunfos del alma: no le era permitido combatir en la arena con armas de hierro contra los paganos: anhelaba batallar con las armas de la religión rompiendo el talisman que cautivaba las almas infieles. Sus ásperas vigiliias y sus penitencias eran la admiración de los conventos españoles y de las escuelas de Francia: su imaginación le hacía ver á la virgen María que bajaba de su pabellón de gloria á revelarle misterios y á encargarle la misión de defender su pureza immaculada. Le hablaba el Reden-

tor, lo veia; y alguna vez, tras estos largos éstasis, quedaba desmayado, sin fuerzas, arrasados en lágrimas los ojos. Y los ángeles y los santos y los querubines venian á sentarse á la cabecera de su lecho: sus cánticos le consolaban en sus enfermedades, y en el rigor de sus maceraciones, caia agotada la naturaleza por los sufrimientos físicos, su alma nadaba alegre entre torrentes de luz á las puertas de Jerusalem. Tal era San Ignacio de Loyola cuando, despues de predicar en Venecia, llegó cubierto de andrajos y casi muerto de hambre á la metrópoli del catolicismo: lo visitó todo y no gustó de nada; á su entender no habia disciplina bastante severa, bastante eficaz, y se propuso fundar una. La compañía de Jesus se levantó bajo su amparo; los rápidos progresos, los gigantescos pasos que señalaban su existencia llamaron poderosamente la atencion. El jóven y entusiasta caballero habia fundado casi sin saberlo, una sociedad de sacerdotes y de profesores, de hombres prácticos y positivos; su desarrollo fué admirable, y cuando se presentó á combatir contra la reforma, mudó de aspecto la terrible lucha. Ardua, imposible tarea seria señalar lo que hizo por la iglesia. Los jesuitas penetraron en todas partes: su exacta disciplina los llevaba sin perder terreno á un solo fin: su política flexible y diestra les abria las puertas de los palacios: su abnegacion, su intrepidez les allanaban las mas terribles barreras: todas las armas eran mortales en sus manos, y de todas sabian usar con habilidad suma. Los entusiastas marchaban á arrostrar en paises remotos los sufrimientos del martirio en bien de la religion: los hombres de mundo penetraban bajo puertas doradas á escuchar, como confesores, los secretos de los potentados de la tierra. Los jesuitas inundaban el mundo con sus brillantes escritos; los jesuitas conmovian con sus magníficas oraciones: los jesuitas formaban el corazon de la juventud en los establecimientos de enseñanza. Si un doctor herege se alzaba en el norte esplicando sus ideas con ancha copia de datos y de instruccion, un miembro de la compañía de Jesus levantaba el guante de la polémica y marchaba con mejores armas á combatir sus doctrinas. El saber habia dado momentáneamente la victoria á sus secuaces de Calvino y de Lutero: el saber prestaba á los jesuitas una fuerza de incontestable superioridad. Y no contentándose con sus conquistas en Europa, marcharon á buscar prosélitos en las regiones mas apartadas del Asia y en las llanuras del nuevo mundo. En 1550 aun no tenian establecimiento alguno en Alemania: pocos años despues ocupan la Baviera, el Tyrol; la Franconia; se establecen en Tréveris; en Colonia, en Wurtzbourg, hasta en Maguncia, en medio de pueblos protestantes: Ingolstadt y Dillingen se levantan como centros universitarios católicos para combatir la influencia de Witemberg y de Ginebra. Los jesuitas argumentan é instruyen en Africa, bajan hasta los abismos de las minas del Perú, caminan entre las tribus salvages, desembarcan en las bravas costas del archipiélago indiano, atraviesan la inaccesible muralla de la China y van á llevar sus ideas hasta la corte imperial de Pekin: todas las lenguas del mundo prestan acentos á su boca; en las mas desconocidas regiones hacen ardientes prosélitos y levantan la cruz católica. Sacerdotes y profesores unas veces, médicos ó mercaderes otras, bajo toda clase de disfraces marchan á su fin: ni los tormentos ni los calabozos, ni los cadalsos los asustan: ni los agasajos ni las seducciones los cautivan. Preocupados de una idea única, obedeciendo á un solo centro, con toda la sumision de un soldado y la capacidad de un misionero, derraman ó renuevan en todas partes las semillas del restaurado catolicismo.

Paulo IV sube al pontificado animado del mismo zelo que le habia impulsado á encerrarse en un convento y á predicar con vehemencia en favor de la religion: la direccion de los negocios eclesiásticos fué encomendada á manos mas hábiles y firmes que las que hasta entónces habian sóportado su peso. La compañía de Jesus recibe una proteccion decidida, y las órdenes religiosas se preparan al combate. A poco renuncia el emperador en Brusélas, y Felipe II empuña el cetro de España, de los Países-Bajos, de Nápoles, de Milan, y de Sicilia; conservando las inmensas colonias de América y los establecimientos españoles en Africa y en Asia. La reaccion católica adquiere seguros apoyos é inflexibles gefes: la autoridad civil sostiene en el mediodía de Europa los decretos de la Iglesia. Pero el protestantismo, dueño de una parte considerable de Francia, arroja sus teas incendiarias desde los Alpes y los Pirineos: chispas lúteras se levantan en diferentes puntos de España: la Inquisicion, armada con nuevos poderes, recibe mision de estinguirlas. Los predicadores protestantes van á morir en las hogueras de las plazas públicas: los sospechosos de heregía son encausados por el terrible y vigilante tribunal. Ni el rango, ni la nobleza, ni la reputacion, ni el saber sirven de excusa ó amortiguan el rigor de las persecuciones: la causa católica es ántes que las consideraciones mundanas: la unidad debe salvarse á cualquier costa, y la unidad se salvará.

De este modo, miétras que la reforma protestante seguia invadiendo una parte de Europa, se estendia rápidamente por la otra la regeneracion del catolicismo: el norte aceptaba las doctrinas de Lutero: el mediodía se apega con mas fuerza á las antiguas tradiciones de la iglesia universal. La lucha estaba indecisa en Francia donde, si bien eran católicos los soberanos, eran fuertes y numerosos los secuaces de las nuevas doctrinas, con príncipes y ejércitos y fortalezas á su disposicion. En Austria, Polonia y Baviera, los protestantes tenian supremacia en las asambleas políticas, aunque los gobiernos estaban en la comunión romana. Los Países-Bajos presentaban católica la superficie, pero eran numerosísimos y fuertes los que profesaban la reforma. — Asi es que la invasion lúterana habia calmado su primer ímpetu: el equilibrio estaba restablecido, y la batalla se empeñaba con fuerzas iguales: la heregía enviaba á España é Italia libros y predicadores para hacer la revolucion religiosa; la Iglesia comisionaba jesuitas y misioneros: apelaba la una á la emancipacion de la inteligencia humana: evocaba la otra las antiguas tradiciones de los gloriosos tiempos de la Europa. En aquella terrible lucha se agotaban todos los esfuerzos.

Tal era el estado del movimiento religioso, cuando despues de impreso su Catecismo, partió Bartolomé Carranza de los Países Bajos. Acostumbrado en Inglaterra á cierta especie de tolerancia porque era imposible ahogar la discusion, caminaba hácia su patria, centro á la sazón del movimiento comunicado por Roma y favorecido por su rey. Felipe II, caudillo reconocido de la reaccion católica, se habia propuesto ahogar en sus estados los últimos granos de la contagiosa semilla. Y no le guiaba solo la gloria de ser el protector de tan gran causa: guiábanle tambien sus tendencias de gobierno, sus intereses políticos. La reforma habia crecido en Alemania, en Inglaterra y en Francia á favor de trastornos y alteraciones; la insurreccion caminaba con ella: la anarquía social era su inmediato fruto. ¿Cómo habia de tolerarla aun mirada únicamente bajo el aspecto político, el soberano de tantas y tan diversas naciones? Por otra parte la muerte de María acababa de desvanecer sus proyec-

tos sobre Inglaterra: una princesa protestante ocupaba un trono de que creyó poder disponer, y aunque su habilidad procuraba retardar una lucha peligrosa, su razon le decia que era inevitable, aprestándose por tanto para sostenerla. Asi los intereses religiosos y políticos, sus sentimientos de gloria y de ambicion empujaban á Felipe II á favorecer con su poder la gran reaccion católica que comenzaba. Pero para que esta reaccion triunfase habia de someterse á la regla general de estos movimientos: violencia é inflexibilidad.

La Inquisicion de España se dedicó á destruir los gérmenes que habian penetrado del protestantismo: las opiniones luteranas, hasta las equívocas iban á ser envueltas en la proscripcion universal de la heregía. — Y en estos momentos de efervescencia, desembarcó en Laredo á 10 de agosto de 1558 el nuevo primado y célebre argumentista D. Fray Bartolomé Carranza de Miranda.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

---

## EL ALMA DESTERRADA.

LEYENDA POR ANA MARÍA,

*traducida del frances por D. E. DE OCHOA.*

---

### VII.

**S**in embargo, una tarde siguió Ruben á María á la montaña, adonde, segun su costumbre, iba á llevar la comida á los pastores.

El velo de la doncella, agitado por el viento, le guiaba de léjos en pos de ella: veíala muchas veces desaparecer lijera entre los bosquecillos de nopales de espinosos frutos, ó entre los aloes de rígidas y aceradas hojas, hasta que poco despues algun recodo del sendero descubria de repente la forma airosa y esbelta de la hermosa vírgen, llevando sobre su hombro el antiguo cántaro de Rebeca. Destacábase aquella gentil aparicion encima de él sobre el oscuro azul del cielo; luego se la ocultaba de nuevo un verde roble ó un tamarindo, dejándole divisar solamente la flotante punta de su velo de lino que seguia cruzando el monte, como sigue el corazon la vaga y pura imágen de la felicidad que ondea, se esconde y vuelve á aparecer delante de él en la juventud.

Siempre desde léjos, vióla pararse y poner en manos de los pastores el pan de cebada, la torta de trigo cocida debajo de la ceniza, y el cántaro de agua de la roca que les llevaba todas las tardes.

El perro del rebaño se llegó á acariciar su mano, las ovejas la rodearon balando, y los pájaros bajaron para revolotear al rededor de su cabeza: parecia que en aquellas alturas, mas cerca de su patria, la naturaleza entera la rendia homenaje. Un rayo de sol la rodeaba como una gloria: con lo que resplandecia espléndida y luminosa.

Ruben, escondido detras de unos matorrales, se arrodilló, oprimido el corazón....

Pero María prosiguió su camino hasta la falda de la montaña, y Ruben la vió sentarse bajo un olivo centenario, cuyas nudosas raices formaban una especie de asiento, que cubrian el musgo y la yedra de largos filamentos.

Aquel era el sitio que ella habia elegido para ir, como antiguamente los profetas, á llevar su tristeza y sus plegarias á las alturas.

Desde aquel punto de la montaña abarcaba la vista un espacio inmenso. Desplegábanse á sus pies las llanuras de Elteké, cortadas y refrescadas por los mil recodos del torrente de Sarea, cuyas orillas, plantadas de sauces y de sicomoros, no dejaban ver su corriente sino á largos trechos, como una ancha cinta de líquida plata. A la derecha, los tristes y pelados montes de la Judea, soledades pobladas de solemnes recuerdos, y sobre las cuales se alza la cruz de Jesucristo. Mas allá de la rica y fértil llanura, el mar inmenso y sin límites perdiéndose en el horizonte, bajo los cielos que refleja y hace parecer mayores.

El sol, próximo á dejar su magnífico hemisferio, iluminaba con su viva luz las móviles aguas y la bóveda celeste, tiñendo la espléndida perspectiva de purpúreos y llameantes resplandores. Sobre las olas, sobre la cima de las montañas, sobre la tierra, todo se inflamaba con sus abrasantes rayos; parecia que un universo de fuego acababa de salir de las manos del Criador.

Pero María no era ya sensible, como en otro tiempo, á los encantos de la naturaleza, ántes bien le parecian como enlutados por un fúnebre crespon. No se complacia ya en seguir la mágica ondulacion de las olas, no admiraba ya los arcos luminosos que nacen, vagan y desaparecen en las revueltas olas, salpicando su combatido lomo de los deslumbrados reflejos del prisma, confundiendo y contrastando sucesivamente sus brillantes colores. Ya se velase el sol entre pardas nubes y dejase á la mar verdinegra y tarda ocultarse bajo sus vestiduras de luto, ó ya, rasgando las nubes, apareciese triunfador y radiante como un joven esposo que sale de su tálamo nupcial, María solo fijaba en estos cuadros miradas distraidas. El aspecto de la mar, inundada de los fuegos del sol en ocaso, le presentaba una imagen triste, la del alma humana, del alma con la inmensidad de sus deseos y su perpétua inconstancia, con su diáfana tersura, donde se refleja el cielo deliciosamente miéntras no la empaña la borrasca de las pasiones, con sus rápidas llamas y sus amargos gemidos, sus secretos tormentos, sus agonías delirantes y sus abismos que no ha sondeado ningun ojo humano, con sus desechas tempestades y la repentina bonanza que les sucede cuando una mirada de Jehová, cruzando el firmamento, viene á posarse en ella con amor.

¡Ser incomprensible! pensaba entre sí María enseñada por la muerte; el polvo del hombre no llenaria la palma ahuecada de un niño, y su alma es mas grande que el mar.... mas grande que el mundo, que no es mas que la imagen del que es imagen de Dios; — y María permaneció sumergida en una dolorosa contemplacion. Parecíala sentir todos los padecimientos de la humanidad degenerada, y decia en su corazón: — ¡Dios mio! tened compasion del hombre y de sus miserias!

Absorta en estos pensamientos, no oyó llegar á Ruben, de modo que cuando se acercó este y la habló, su voz la hizo estremecerse como si la hubieran despertado de repente.

¡Ah eres tú, querido Ruben! le dijo con su voz dulce y triste; y aco-

modando su falda, le ofreció con la mano un asiento á su lado sobre las musgosas raices del olivo. Su rostro acababa de colorarse con un matiz mas vivo de lo acostumbrado, pero que se desvaneci6 al punto.

María, dijo Ruben con voz balbuciente, tu madre es quien me envia á tí... quiere que te hable... quiere que te diga.... ¡ah! repuso sentándose junta á ella y mirándola con profunda afliccion; ¿en qué consiste, querida María, que titubeo y tiemblo al hablarte? ¿qué ha sucedido? ¿por qué no nos comprendemos ya como ántes? Antes, cuando uno de nosotros empezaba á hablar, ¿te acuerdas María? Siempre el otro podia completar su pensamiento, y lo que nuestra boca inhábil no sabia decir lo espresaban nuestros ojos, y nuestros corazones, confundidos uno en otro, se comprendian siempre...

Pero ahora, María ¿qué hay entre nosotros que nos separa? ¿En qué consiste que mi pensamiento no concuerda ya con el tuyo? ¿Tus miradas inquietas se apartan de las mias! ya nunca sabes lo que quiero decir: y yo no sé ya como hacerme comprender. Y sin embargo, María, yo no he cambiado; mi alma es siempre toda tuya... ¡ah! la tuya es, pues, la que se ha apartado de mí!

María le dijo:

Querido Ruben, y serás tú tambien como mi madre que cree que ya no la quiero porque me vé triste? ¿Y cómo no he de estar affigida? Tú lo sabes; he visto los resplandores del cielo, he empapado mis labios en el cáliz de la vida eterna, pero me le han arrancado sin dejarme tiempo para saciar mi sed; desde la mansion de los bienaventurados he caido á la tierra de los dolores. ¿Cómo no he de llorar las delicias que me empezaron á sonreír, y mis inefables deliquios? Lloro la hermosura, la luz, la verdad, el amor en que he estado sumergida... ¡ah! ¿quién me consolará de los cielos que he perdido? ¿Cómo suspira el ciervo por el agua de las fuentes, así mi alma suspira por tí, ¡oh Dios mio!

Alzó los ojos al cielo con ardor, esto diciendo, y toda su alma brillaba en su mirada; pero oyendo á Ruben suspirar, bajó sobre él sus párpados henchidos de lágrimas brillantes como gotas de rocío, y le dijo:

Ruben, á pesar de mi dolor y de mis recuerdos, mi corazon no ha mudado ni para mi madre ni para tí; siempre os ama á entrambos con una ternura infinita.

¡Me amas! María!.... ¡Oh! ¿qué de delicias deberian contener esas palabras! ¿En qué consiste que no me embriagan ni pueden ahuyentar mi tristeza? ¡Me amas! así lo dices al ménos, y aquí, á mi lado echas de ménos el cielo! ¡Ah! yo por mí, María, conozco que contigo y por tí lo olvidaria todo, sí, todo, porque tú eres todo para mí. ¿No está el cielo en el corazon de los que se aman?

Tú no sabes, Ruben, lo que es el cielo y todavía pueden bastarte las delicias de la tierra; pero yo... yo he visto lo que aun los mismos ángeles no se atreven á contemplar sino cubriéndose con sus alas de oro! Yo he visto, yo he sentido el amor infinito... este amor arde todavía en mí, Ruben, y no hallando aquí en la tierra nada que pueda servirle de pábulo, me devora.

¡Ah! ¡bien decia yo, repuso Ruben desesperado: que ya no me amas!

¡Ingrato! te amo mas de lo que te he amado nunca, porque he traído de la tumba una ternura indecible; pero considera, Ruben, que tu María ha vivido en el cielo, como hermana de los ángeles; que se ha embriagado de delicias, de luz, y de amor; y que ni el amor, ni las delicias, ni las claridades del mundo en que estamos pueden bastarle.

¡Oh María! ¿qué va á ser de nosotros? dijo Ruben en el colmo del abatimiento; y por largo espacio ambos quedaron en silencio.

Acababa el sol en tanto de declinar hacia el horizonte, iluminando cada flor, cada hoja, cada mata de yerba con reflejos de oro, ó tiéndolas de púrpura mas rica y mas hermosa que la de los reyes. Las aves trinaban retirándose bajo las trémulas ramas. En el aire todo era suavidad y aromas; era una de aquellas horas sublimes en que parece que la naturaleza se ostenta en toda su pompa á los ojos del Hacedor, como para rendirle tributo; una de aquellas horas en que los humanos se prendan de la tierra por su inponderable hermosura.

María, repuso Ruben, sobreponiéndose al desaliento de que se sentia abrumado, ¡mira cuan magnífico es sin embargo este mundo que desdeñas! Tiende los ojos en derredor de tí. Ese inmenso espacio, ese sol tan hermoso, que dicen que hay pueblos enteros que no conociendo al Criador, le han adorado como á su divinidad; esa naturaleza que ántes hablaba tanto á tu corazón, no tiene ya ningun atractivo para tí?

¡Ah! Ruben, yo no oigo aquí mas que un largo quejido de angustia. La raza entera de los hombres está en la criba de los dolores; toda gime, y la naturaleza tambien gime con ella bajo la grosera corteza que la cubre. Además, Ruben, yo he visto la esencia de las cosas, de las que tú no ves mas que la apariencia; he visto, con solo echar una ojeada á nuestro globo, las maravillas de la vegetacion, las de la generacion de las plantas, mas sorprendentes todavía; he seguido con ojos atónitos á la savia nutritiva circulando por las ramas que vivifica; he cruzado el eter, y he contado sus deslumbrados átomos; he visto el vínculo misterioso que une las cosas de la tierra á las del cielo.... Ahora que ha vuelto á correrse el velo que cubre todas esas cosas, repuso suspirando, la aspereza de las formas exteriores me es insopportable.

Y luego, Ruben, amado mio, ¡he contemplado la inmensidad! ¡he visto el verdadero sol, y los campos y los océanos del cielo! ¿cómo quieres que atraigan ya mis ojos sus pálidas é imperfectas imágenes? Ese sol que tu admiras es una sombra que alumbra otras sombras, y todos estamos sentados en el valle de las lágrimas y de las tinieblas.... ¡Oh alma mia! ¿cuando saldremos de estos sitios?

Mirábala Ruben en silencio, empapados en llanto sus rasgados ojos negros. Conocía que una nube semejante á la que antiguamente guiaba á los Hebreos en el desierto se habia alzado entre ellos, iluminando á la virgen con sus celestiales resplandores, y dejándole á él en una triste oscuridad. ¡Terrible separacion!

¡Ah! dijo María, te aflijo, Ruben, te aflijo, á tí por quien hubiera dado la vida cuando todavía la miraba como un bien precioso. ¡Dios mio, Dios mio! prosiguió la doncella cruzando y alzando las manos, ¿por qué me arrebatásteis á la tierra? ó ¿por qué me habeis vuelto á ella para labrar la desventura de cuantos amo?

María repuso Ruben con amargura, crees que hubieras arrestrado la muerte por mí cuando todavía podías temerla, y ahora no puedes resignarte á una vida pasada junto á mí. ¡Y hablas de amor! y dices que me amas, cruel! No, no: la tumba á que has descendido ha helado tu corazón. Pero ¡ven, ven, amada mia! déjame reanimarle sobre el mio. ¿No sientes como palpita, como arde en mi seno? Y el desgraciado Ruben estrechó á la doncella sobre su pecho, en un raptó de amor y de desesperacion.

No procuró María desasirse de su abrazo, y mirándole con ternura, le dijo:

Ruben, crees que mi corazón es de hielo, y yo le siento arder en mi pecho. No me acuses como mi madre de que soy ingrata, y de que ya no sé amar; he traído en mi alma una chispa del amor celeste... ¡Ay! si supierais como me abrasa, ni tú, Ruben, ni mi madre me acusaríais de que no os amo. Pronto mi corazón no podrá ya contener los sentimientos de que está lleno; el amor divino vuelve á Dios todo entero, pero después de haber abrazado todos los otros amores:

Si así es, dijo Ruben con voz trémula; si no me has desterrado de tu corazón, María, acuérdate de nuestros juramentos; acuérdate de nuestros anillos de oro trocados en presencia de tu madre, y... consiente en ser mi esposa. Al acabar estas palabras que apenas osaba articular su voz, Ruben la contemplaba con inquieto ardor.

Echóle María una mirada celestial, en la que vió brillar Ruben toda la felicidad de su vida.

Si la que ha sido dos días presa de la muerte no te inspira terror ni desvío, ó querido Ruben, ahí tienes mi mano; tuya es como mi corazón.

No podía Ruben creer en una felicidad tan inesperada. El exceso del contento, sucediendo al exceso de la desesperación, le dejaba inmóvil: solo podía contemplar á María en silencioso éxtasis: acaso temía, si hablaba, hacer que se desvaneciese aquella visión de amor que acababa de brillar para él.

La vírgen continuó: Unirme contigo, ¡oh amado mio! era el único deseo que aun me quedaba por satisfacer en el cielo cuando le habitaba.

¡Oh! ¡cuanto mas dulce me hubiera parecido la muerte, si hubiera llevado á ella el nombre feliz de esposa tuya! Sin tí, me sentía incompleta; mi alma no poseía ni toda su energía ni toda su belleza.

Tú eres la mitad de mi ser, añadió la vírgen apoyándose en Ruben con ternura, y hablándome en voz muy baja; tú eres la mejor y la mas vasta mitad de mi misma, y nuestras almas algun día estarán unidas en un eterno y casto lazo, á fin de que, completadas una por otra, posean á la vez entre las dos el amor y la inteligencia para amar y comprender y glorificar eternamente á su divino autor.

Querido Ruben, prosiguió la jóven resucitada, con una voz tan dulce que parecia el ligero temblor de las alas de un pájaro; querido Ruben, no en vano nos hemos hallado en la senda de la vida; no en vano has venido á buscarme á un país tan distante del tuyo. Nuestros destinos estaban unidos ántes de nuestro nacimiento: tu alma es verdaderamente una parte de la mia y debe reunirse con ella. ¡Oh! ¡si pudiéramos morir juntos! añadió alzando sus ojos azules como el cielo: pero aun no he acabado tus pruebas; la sangre de un mártir no ha corrido sobre tu cabeza como corrió sobre la mia, mientras estaba yo en el seno de mi madre: la generosa sangre de Anai purificó mi alma y abrevió mis días de espera.... Pero tú, tú tardarás todavía mucho tiempo; gemirás aquí sin mí, ¡pobre Ruben! Y de nuevo dejó caer sobre él los ojos, arrasados de llanto.

María, amada María, dijo Ruben ciego de amor, no hablemos mas que de felicidad; aun nos quedan largos días que pasar sobre la tierra.... Repite que consientes en ser mi esposa adorada, y ¡bendita seas mil veces por tu dulce promesa!....

Sí, repitió María con su voz melodiosa, sí, quiero unirme contigo en la tierra, para ser tuya en la morada de la inmortal ventura.

## VIII.

Volvió Ruben á llevar á Sara estas felices nuevas.

¿Quién lo hubiera creído, madre mía, la dijo? nuestra querida María consiente en unirse conmigo. Lo ha dicho; ha dicho que quiere ser mi esposa feliz. ¡Oh ventura! se dá á mí voluntariamente, de corazón.... ¿Comprendéis bien toda mi felicidad? ¡Ser el esposo de María, de la santa, de la angelical María! ¡Cuan hermosa, cuan sublime estaba cuando dejó caer su mano sobre la mía! ¡Parecía la reina de los cielos cuando sonríe á nuestras preces! ¡Oh madre mía! ¡Y yo soy, yo, al que ha elegido, al que ama! Necesito repetírmelo á cada instante, para creer en tanta felicidad, porque no sé en que consiste que en el colmo de mis mas dulces deseos, siento una tristeza invencible... Madre mía.. ¿nos ha vuelto el cielo nuestra amada María por mucho tiempo?... ¡Si fuéramos á perderla! Hay en su mirada no sé que reflejo del cielo que me aterra. Parece al verla, que no pertenece á la tierra... que su alma está en los cielos.... y hace un momento ¿quereis creerlo? Mientras me decía aquellas palabras tan deliciosas que me tenían arrobado, no sé qué lúgubre voz clamaba en mis oídos: Vas á perderla.

Me helas de espanto, hijo mio, respondió Sara, ¡Ah! esa misma voz resuena sin cesar en mis oídos como un eco funeral: la oigo de día, de noche, en la vigilia, en el sueño, á todas horas, y siempre me dice: Pero insensata ¿no comprendes que vas á perderla? Y cuando veo á María alzar su triste sonrisa al cielo, esa patria á que aspiran incesantemente sus deseos, estoy á punto de exclamar: Espérame, no vuelvas á dejarme sola en la tierra, porque parece en verdad, Ruben, un ángel desterrado que quiere volverse á los cielos.... ¿Cómo retenerla?... Hijo mio, prosiguió la afligida madre despues de haber enjugado sus lágrimas, en tí solo pongo toda mi confianza; cuando seas su esposo, labra á nuestra María una vida tal de ternuras y de felicidad que la hagan olvidar el cielo, y amar la tierra.

## IX.

Sara queria acelerar los preparativos de la boda. No teniendo en el país que habitaba ningun pariente á quien convidar á la fiesta, pensaba en fijar la ceremonia para los primeros dias de la luna siguiente; pero pocos dias antes de esta época, llegó un criado de Natanael á prevenir á Ruben que su anciano padre queria llevar la bendicion de los patriarcas á los jóvenes esposos, y que á este fin pensaba dejar las llanuras de Jericó, donde habitaba, para reunirse con sus hijos en el país de Gédora, mas amigo de los ancianos.

Fué preciso, por respeto, suspender la boda. Comenzaba entónces la estacion de las lluvias: los caminos iban estando cada día mas intransitables, y de esta suerte trascurrieron tres meses en una expectativa siempre frustrada.

Durante este tiempo, María, dulce y tierna, pero triste, dejaba á Sara ocuparse sola en los preparativos de la proyectada union: lo mas que hacia era sonreír á su madre, cuando esta la enseñaba los aderezos y los vestidos que la destinaba, y sin embargo, aquellos velos de lino tan transparentes, aquellas túnicas sin costuras, de una lana suave y ligera, aquellos muelles tejidos de Tiro y de Sidon, aquellas hermosas arracadas que hubieran colmado de alegría á las demas doncellas de la Judea, atraían poco sus distraídas mi-

radas; pero los inquietos afanes de su madre la conmovian profundamente: á ellos era á los que sonreia con el corazón, mas aun que con los labios.

Los desvelos de su joven desposado hacian tambien nacer en ella una dulce agitacion, que casi siempre remataba en largos arrobamientos. Y si ambos la dejaban, el uno para ir á vigilar los trabajos de sus labradores, la otra para meter prisa á las doncellas que estaban bordando el velo nupcial, su madre, cuando volvía á reunirse con ella, la hallaba de rodillas, alzadas las manos al cielo, y perdida en un éstasis, durante el cual parecia que conversaba con los ángeles.

De dia en dia iban siendo estos éstasis mas largos y mas frecuentes: consumíanse en ellos sus fuerzas, y cada vez la era mas difícil volver á los actos de la vida ordinaria.

## X.

Hacia algunos dias que, al salir de aquellas largas contemplaciones, María acariciaba mas dulcemente á su madre, se mostraba mas tierna con su desposado, y sus ojos se humedecian cuando los fijaba en ellos largo rato, como si al cariño que les manifestaba se hubiese unido una dolorosa compasion. Parecia como si procurara consolarlos de una desgracia que todavía ignoraban, y que sin embargo los amenazaba de cerca: casi nunca se separaba de ellos, como si su presencia fuera una felicidad de que no debia gozar por mucho tiempo, y en que queria apacentar continuamente sus ojos, ó como si la suya fuera una dicha próxima á escapárseles y de que no queria privarlos antes de tiempo.

Ellos por su parte, ya no se atrevian á confiarse sus pensamientos, pero á veces, despues de haberse separado de María, se echaban en los brazos uno de otro, y exhalaban los sollozos que habian reprimido en su presencia y que los sofocaban.

Volvieron en fin los dias hermosos, y pronto se recibió la nueva de que Natanael se acercaba, y no estaba ya mas que á una jornada de Gédora.

Estremecióse María al oír esta nueva, y dijo en su corazón:

¡Ya era tiempo! ¡Bien sabeis Señor, ajustar las horas y los momentos de cada cosa! Cúmplase vuestra voluntad; y mirando á Ruben al trasluz del velo que se habia dejado caer sobre los ojos, se le arrasaron estos de lágrimas, y un suspiro se exhaló de su pecho. ¡Dios mio! exclamó en voz casi imperceptible, ¿y he de dejar aquí esta parte de mi corazón? Luego alzando sus miradas al cielo, cayó la hermosa virgen en un éstasis que fué mas largo aun que todos los que le habian precedido.

Hacia el anochecer del dia siguiente llegó Natanael, montado en un robusto asno acostumbrado al yugo, y seguido, como antiguamente Jacob, de sus servidores y de sus ganados. Ruben los condujo á su habitacion.

Pero Sara fué á buscar á su cuñado, le llevó á su casa, y habiéndole hecho sentarse junto al hogar, donde chisporreaban un tronco de alerce y algunos sarmientos de ligera llama, le ofreció una copa de un esquisito vino añejo de Engaldí, reservado para los dias solemnes, y varias tortas de pura escanda cocida en la ceniza, que le tenia dispuestas.

Miráronse buen rato uno á otro, el anciano y Sara; apenas podian reconocerse.

Largos y malos dias nos han tocado, decian; ¡muy grave carga ha sido

la vida para nosotros!... Pero pasado aquel primer momento de penoso asombro, sintieron una grande alegría en volverse á ver: hablaron de los tiempos pasados, recordaron las dolorosas memorias de su juventud, y ambos se admiraron de hallarlas exentas de amargura. Y es porque los recuerdos que guardamos mucho tiempo en nuestro corazon, semejantes á los preciosos licóres contenidos en vasos de oro, no conservan con los años mas que su dulzura.

Luego hablaron de sus hijos, y fijaron entre los dos el dia de la santa ceremonia. Sara decia las virtudes de su hija, y su corazon latia secretamente bajo el peso de una inquietud que no podia ahuyentar, contando las singulares gracias de que habia sido objeto.

El anciano, á su vez, hablaba de su hijo con orgullo y ternura; su hijo era la gloria de sus canas y la esperanza de sus últimos años. Luego contaba las riquezas de que los habia colmado el Señor, los numerosos ganados, las vacas y los novillos que traia consigo, las dehesas y los pastos que Ruben habia adquirido en su viage al pais de Besor; de la lana de los carneros, la leche de las camellas: nada pasó por alto el buen anciano; reanimado por la copa de vino generoso, y por la brillante llama del hogar, nunca acababa de encarecer las satisfacciones que le aguardaban en Gédora. El proyectado enlace llenaria de dulzura sus cansados dias: sus hijos, y los hijos de sus hijos crecerian al rededor suyo como un tierno plantel de olivos: su casa refloreceria en breve como una viña nueva, y los duros años de su juventud se horrarian de su memoria, ó si los recordaba alguna vez, seria para saborear mejor la dicha presente.

Pero en medio de estos proyectos, en medio de aquella alegría de la ancianidad que entristece como un postrer rayo del sol de otoño, á causa de su poca duracion, Sara le presentó su hija, á cuyo aspecto quedó pasmado:

¿Pertenece á la tierra esa vírgen? dijo á su hijo que entraba al mismo tiempo. ¿Desde cuando los ángeles se unen á los hombres?

Y el anciano quedó en silencio, y el llanto humedeció sus débiles párpados.

¿No me dais vuestra bendicion, padre mio? dijo María acercándose al anciano?

Hija mia, tú eres bendita entre todas las doncellas de la Judea. ¿Qué será para tí la bendicion de un pobre pecador como yo?

Y estaba á punto de humillar sus canas delante de ella, porque la voz, el ademan, la cabeza radiante de la jóven resucitada habian hecho estremecerse su corazon en el fondo de su anciano pecho.

(Se continuará.)



## ARBOLADO.

*Nuestros padres y abuelos plantaron los árboles que ahora disfrutamos ¿qué les dejamos nosotros á nuestros hijos y nietos?*

**E**l hacha del leñador no cesa de resonar en los collados; los bosques que los sombreaban desaparecen de día en día, como las nieblas que se sientan en sus cúspides; el gallego que al cabo de algunos años vuelve á su patria, no encuentra los árboles á que trepaba cuando niño en busca de nidos. ¿Qué mal entendido interés mueve la segur de la destruccion? ¿Qué violenta necesidad obliga á abatir el orgullo del roble centenario? ¿Por qué raro capricho se trata de cambiar las magníficas decoraciones de un país fertilísimo en páramos mustios y estériles?

Muchas son las fuerzas empeñadas contra las selvas en un combate á muerte; muchas las causas reunidas para dar á Galicia el triste aspecto del desierto, y la primera, un consumo activo, veloz que sobrepuja en cien tantos á la produccion, un consumo que es imposible refrenar. El pobre no quiere en invierno arrecirse de frio, y cuando sabe que no le observan, corre á la dehesa, y se provee de leña á costa del árbol que sufre un mal desmoche, y á costa del dueño que contaba con ella en sus cálculos. El rico, despreciando á Rumford y todas sus economías de combustible, se complace en ver arder en su hogar troncos enteros. Nuestros pueblos se rejuvenecen todos los años en alguna parte, y la casa que se demuele y la que se construye gastan un bosque. Cada noque es el sepulcro de cien árboles, y los hornos de carbon con sus malos métodos, los de teja, las forjas, y en una palabra todas las industrias van á buscar al monte un auxilio indispensable. Pero no es esto solo lo que los deja yermos: el furor ó exigencias de la guerra han hecho talas inmensas, talas inmensas los odios del pueblo contra los bosques ó sus propietarios de un día, talas inmensas la codiciosa especulacion, olvidada de lo que cuesta criar un árbol, y entretenida en gozar del momento presente á costa de las jeneraciones venideras.

Son demasiado conocidos los males que el desarbolado trae á un país, y principalmente á un país en escalones como el nuestro. Además de la escasez cada día mas sensible, al cabo de pocos años, arrastrada hácia los valles mas profundos ó mas bien hácia los mares toda la tierra laborable de las alturas y pendientes, quedarán estos sitios completamente improductivos y reducidos á presentarse como el esqueleto del mundo. Ningun viviente podrá morar en medio de su aridez. Las fuentes y aun los rios se secarán privados de los árboles encargados de suministrarles agua; el aire será caluroso y nocivo; los vientos sin oposicion harán rodar sus torbellinos sobre las peñas descarnadas; y la electricidad, no encontrando un solo árbol que le facilite la comunicacion precisa entre el cielo y la tierra, se transformará continuamente en nubes tormentosas preñadas de rayos y granizo. Tales serán sin duda las consecuencias de la destruccion de los bosques, pues la naturaleza necesita de ellos para sus grandes acontecimientos, todavía mas que las mismas sociedades en que es tan indispensable la leña y la madera.

Paro todos estos males solo hay un remedio-*volver á plantar y plantar mucho*-siquiera para conservar la fertilidad del pais, para dar trabajo á los pobres actuales, y prepararlo en abundancia para nuestros descendientes. Bien seria que para esto repitiesen las autoridades y las sociedades económicas los premios y estímulos del siglo pasado, á quien debemos tantos pinares y robledas; pero á la verdad no es necesario: bastante estímulo será el interes propio si se piensa en él, si se calcula cuanto mas esquilmo, cuanto mejor pasto, cuanta mas utilidad en fin producirá el erial convertido en bosque. Reconozcan, pues, los hacendados todas sus tierras, y no dejarán de ver que les conviene plantar mucho, no solo sin perder nada de las demas cosechas, sino adquiriéndolas mayores y con ellas una nueva renta.

Que no se oponga la preocupacion, el temor á los cuervos, la dificultad; y los montes tendrán coronas de pinos, los collados nuevas dehesas, un vergel la mas pobre aldea, y las márgenes de los rios deleitosas florestas. Tres cosas solas se precisan para conseguirlo: voluntad cuanta baste para obedecer á un entendimiento despreocupado, que calcule despacio lo que le conviene; tiempo casi despreciable, porque el trabajo de una hora es suficiente para tener diez árboles; instruccion propia para elegir, dirigir y aprovechar los plantíos, porque en el mundo actual la naturaleza sola no basta para producir bosques útiles. El generalizar esta última, y hacerla tan completa como debe serlo, nos toca á nosotros; y procuraremos realizarlo en una serie de artículos metódicos, que alternados con otros de igual necesidad, ocuparán sucesivamente esta parte del periódico. Asi, tanto los árboles de montaña, como los de soto, vergel, ribera y adorno, vendrán á ser para todos una mina tanto mas fecunda en riquezas, cuanto mas antigua y mejor explotada.

(*Revista de Galicia.*)

## Fragmento de EL AMOR Y LA LOCURA.

En vano sus largos años  
 En tierra estraña de ausencia  
 Genaro entre las memorias  
 Puso de su edad primera,  
 Que las sombras que le manchan  
 El cuadro de su existencia  
 Cuanto mas tienen de antiguas,  
 Tienen de firmes y negras.  
 El bello sol de la Italia  
 No pudo desvanecerlas  
 Porque las sombras del alma  
 La luz del sol no penetra.  
 Miétras entregado al arte  
 Vivió Genaro en Florencia  
 Adormidos sus recuerdos  
 Se hicieron sentir apénas.  
 Débiles fueron sus ayés,  
 Cortas sus sentidas quejas

Porque el tiempo y la distancia  
 Mucho las memorias merman.  
 De tarde en tarde confusas  
 Entre torbas y halagüeñas  
 De sus antiguos pesares  
 Le asaltaban las ideas.  
 Mas cual de cosas pasadas  
 Se le ocurrían inciertas  
 Sin verdadero carácter  
 Y sin forma verdadera.  
 Aquella frondosa quinta  
 Entre cuya doble reja  
 De Valentina alcanzaba  
 La peregrina cabeza,  
 Era un recuerdo amoroso  
 No una aparicion siniestra,  
 Era manantial fecundo  
 De deliciosa tristeza.  
 No via el semblante amado.

Sobre la gola sangrienta  
 Pidiendo á voces venganza,  
 No, que amorosa y risueña  
 Se presentaba á sus ojos  
 Su Valentina hechicera,  
 Como la noche en que pudo  
 Bajo su ventana verla  
 Y aunque jamas de su alma  
 Borrarse la imágen pueda  
 Como un amuleto místico  
 Mantiénese dentro de ella  
 Y su espíritu acompaña,  
 Mas conformidad perpetua  
 Guarda con él, y aunque triste  
 Su espíritu no atormenta.  
 Y cuanto ménos horribles  
 De sus memorias le cercan  
 Las visiones, cuanto mas  
 Se debilitan y atenuan,  
 Mas de su antigua locura  
 Las fatales consecuencias  
 Desaparecen, y logra  
 Su ánima calma completa.  
 Mas esto ¡ay Dios! fué en Italia  
 Donde la gente y la tierra,  
 Cuanto mira y cuanto siente  
 De sus memorias le aleja.  
 Mas al entrar en Sevilla  
 Dónde todo le recuerda  
 Sus infortunios pasados  
 Se acrecentaron sus penas.  
 Tornó á ser de su memoria  
 Insensiblemente presa  
 Y á trastornarse tornaron  
 Débilmente sus ideas.  
 Al pararse de la cárcel  
 Ante las guardadas puertas  
 Recordósele la causa  
 Porque fué encerrado en ella.  
 Al pasar del hospital  
 Ante la fachada esterna  
 Estremecióse al recuerdo  
 De su abandono y miseria.  
 Y aquella frondosa quinta  
 A cuya reja en Florencia  
 De Valentina alcanzaba  
 Sonriendo la cabeza,  
 Tornábasele en espejo

De apariciones siniestras  
 Que trastornaban la suya  
 Con sus miradas horrendas.  
 Huérfano y desconocido  
 Genaro en Sevilla entera,  
 Pues hoy se oculta indolente  
 Y ántes no célebre en ella,  
 Sin un amigo tan solo  
 Que distraerle pudiera  
 Pasa su vida ignorada  
 En soledad y tristeza.  
 Y si habla es con Valentina,  
 Con Valentina si sueña,  
 Por Valentina si vive,  
 Y á Valentina si reza.  
 Si dia y noche afanado  
 Mármol desbasta y modela  
 A Valentina los trazos  
 De su cincel representan.  
 Ni piensa en su porvenir  
 Ni en las relaciones piensa  
 Que pueden fama lográndole  
 Honor lograrle y hacienda.  
 En poco estima la gloria  
 Y en ménos su vida aprecia,  
 Y abandonado á sí mismo  
 No ve lo que le rodea.  
 En una mezquina casa  
 De una oscura callejuela  
 Junto á la muralla vive,  
 De la quinta la mas cerca,  
 El camino de Carmona  
 Continuamente pasea  
 Desde la puerta á la quinta  
 Desde la quinta á la puerta.  
 Tal vez volviendo á deshora  
 El muro cerrado encuentra  
 Y al raso pasa la noche  
 Pues en el campo se queda.  
 ¡Pobre Genaro! en su pecho.  
 Con su soledad funesta  
 Al fuego de las memorias  
 Su amor antiguo fermenta.  
 Y así tal vez poco á poco  
 Su mente se desordena,  
 Su cuerpo se debilita,  
 Y sus manías empiezan.

JOSÉ ZORRILLA.